

LOS FINES DE LA COMUNIDAD AGUSTINIANA

P. César Vaca O.S.A.

Vamos teniendo, gracias a Dios, obras muy buenas que nos resuelven, no sólo muchas cuestiones históricas oscuras, sino que ofrecen un material bien ordenado y descargan del trabajo de investigación en intentos como el que traigo entre manos. Me refiero, en relación con el tema de la vida de comunidad, al excelente trabajo del P. Andrés Manrique: «*La vida monástica en San Agustín*». Cuanto se relaciona con la historia y las vicisitudes de las fundaciones agustinianas, allí está.

Al leerlo he aprendido muchas cosas y sentía destacarse las líneas de un tema que muchas veces me había preocupado. San Agustín organizó la vida de sus monjes y de sus clérigos en comunidades, porque le parecía el medio más adecuado para lograr la santificación de cada uno y de ayudar a la Iglesia, en la situación concreta por que atravesaba en aquella coyuntura histórica. Acertó, sin duda. Pero ¿es hoy también la vida comunitaria igualmente fecunda y necesaria para lograr los mismos fines? Respondiendo que sí, necesitamos encontrar la trama esencial en que se apoya la eficacia de la vida común, de tal manera que, prescindiendo de los detalles históricos transitorios y cambiantes, continúe vigiendo para nosotros, en forma positiva. A meditar en el secreto de la eficacia de la vida común, voy a dedicar la atención.

LA COMUNIDAD INTELECTUAL

«*Dos cosas, dice S. Agustín, son necesarias en este mundo, la*

P. CESAR VACA

salud y la amistad. Las dos son bienes naturales. Dios hizo al hombre para que existiese y viviese: he aquí la salud. Mas para que no estuviese solo le dio la amistad. La amistad comienza con la mujer y los hijos y se prolonga hasta los extraños. Pero si pensamos en que no tenemos más que un padre y una madre, ¿quién es extraño para nosotros? Todo hombre es prójimo para todo hombre... A estas dos cosas necesarias en este mundo, la salud y la amistad viene la sabiduría peregrina» (1). Las mismas ideas estaban ya en la mente del Santo muchos años antes, cuando poco después de convertido, reflexionando consigo mismo en sus *Soliloquios*, iba descubriendo el programa de su vida, su vocación. Dice allí por medio de la Razón: «*Resta ahora examinar el dolor corporal que tal vez te conturbe*». Agustín: «*Lo temo sobre todo, porque me impide la investigación de la verdad*».

Y respecto a la amistad su continua preocupación y empeño en rodearse de amigos lo demuestra, razonándolo así:

R: *Ahora dime, ¿por qué quieres que vivan contigo tus amigos?*

A: *Para buscar en amistosa concordia el conocimiento de Dios y de mi alma. De este modo los que primero llegasen a la verdad podrían comunicarla sin trabajo a los otros.*

R: *¿Y si ellos no quieren dedicarse a estas investigaciones?*

A: *Los animaré a que se dediquen.*

R: *¿Y si no puedes lograr tu deseo, ora porque ellos se crean en posesión de la verdad, ora porque tengan por imposible su hallazgo o anden en otras preocupaciones?*

A: *Entonces gozaré de su convivencia y ellos de la mía, según podamos.*

R: *¿Y si te distraen de la indagación de la verdad con su presencia? ¿No los alejarás de ti, para que no te estorben en tus propósitos?*

A: *Ciertamente.*

R: *Luego no quieres su vida y compañía por sí misma, sino como medio de alcanzar con ellos la verdad.*

(1) Serm. 16, 1-2.

LOS FINES DE LA COMUNIDAD AGUSTINIANA

A: *Lo mismo pienso yo».* (2).

La vida de comunidad es, pues, para San Agustín, un medio para buscar la verdad y sentirse invadido por la sabiduría. Que él lo realizase y de manera admirable nos queda bien testimoniado por su vida y especialmente por aquellos preciosos diálogos de Casiciaco. En realidad, toda la vida y la doctrina del Santo, ¿no fue un perpetuo diálogo con todos?

Han cambiado los tiempos, somos otros hombres, con otras mentalidades y otras costumbres, pero no puede decirse que la idea fundamental de que la comunidad debe servir para enriquecernos con la verdad, haya pasado de moda. Todo lo contrario. Constituye uno de los fines primordiales y permanentes de la comunidad agustiniana.

Mas para que la vida en comunidad facilite el enriquecimiento de cada uno de sus miembros en la verdad, son necesarias determinadas circunstancias, que mejor llamariamos virtudes. La primera de todas es que sea auténtico el ambiente de amistad. Encierra una profunda observación el pensamiento de San Agustín que exige como condiciones necesarias para la sabiduría la salud y la amistad. Porque la amistad es la salud del alma. Quien no es capaz de adoptar una actitud amistosa con los otros, revela la existencia en su intimidad de nudos, limitaciones y obstáculos, que le impiden la perfecta relación social. Si esto es cierto en general, en el trato ordinario con los hombres, lo es con mucha más razón, en la convivencia íntima de la comunidad.

Ahora que tanto se habla de convivencia entre naciones se hace bien patente la diferencia entre ella y la amistad. Hay religiosos que tan sólo conviven con los otros. Pero convivir es mantener distancias, soportarse sin llegar a la hostilidad y a la guerra, de ninguna manera expresa compenetración de pensamientos y simpatía. Quienes conviven realizan sus vidas en forma de líneas paralelas, que no se cruzan nunca, o que tal vez, como dicen los matemáticos, se encuentren en el infinito, pero no en el mundo. La amistad, por el contrario, supone el entrecruzamiento continuo de las vidas, que

(2) Sol. I, 12.

P. CESAR VACA

ciertamente conviven, pero que llegan mucho más allá en la confianza y en la participación franca de una cordial intimidad.

LIBERTAD DE PENSAMIENTO Y COMUNIDAD

Es evidente que la vida religiosa debe enriquecer a quienes la cultivan, con la adquisición, no sólo de la Verdad, que es Dios, sino también de «las verdades», que constituyen el contenido de la ciencia y de la cultura. De ordinario las comunidades están formadas por hombres de estudio, dedicados al trabajo intelectual en diversas especialidades. Pensemos en los profesores de un colegio, en los dedicados a la predicación o al apostolado de la pluma. Sin pretender convertir la vida de comunidad en cátedras de eruditos ni en charlas especializadas, es normal que con un motivo o con otro, surjan continuamente temas de conversación interesantes, en los que cada uno va vertiendo aquello que sabe y conoce bien. Se aprende mucho, en esta relación permanente, con tal de que se eliminen determinados defectos que muchas veces lo estropean todo.

El primero de ellos es evitar el tono discutidor. Es cierto que la discusión no siempre se opone a la amistad —hay amigos entrañables que se pasan la vida discutiendo—, pero lo que puede ser tolerable en la relación íntima entre dos amigos, no lo es cuando se trata de una comunidad. Las discusiones separan. Pero además lo que sí es válido siempre es que la verdad no se adquiere por medio de la discusión, sino del diálogo. De la discusión no suele salir la luz, sino simplemente chispas de acaloramientos y terquedades. Es el diálogo el maestro de la verdad. Además de los diálogos de Casiciaco, nosotros agustinos nos enorgullecemos de aquellos maravillosos de nuestro Fr. Luis de León en *«Los nombres de Cristo»*.

De ordinario no se discute sino por causa del apasionamiento que se pone en las propias opiniones o gusto. De aquí que discutan quienes poseen un temperamento apasionado. Estos discuten de todo, mejor dicho todo lo discuten. Dan a su palabra un tono habitual de discusión, teniendo su manera de decir la cosas la propiedad de pre-disponer a los otros a discutírselas y contradecirles, porque en sus afirmaciones exageran siempre con tal énfasis, que nadie puede estar

LOS FINES DE LA COMUNIDAD AGUSTINIANA

de acuerdo en que las cosas sean tan rotundas y tajantes. Otros discuten, no por temperamento, sino porque determinados temas les apasionan tanto que no son capaces de discurrir sobre ellos con serenidad. Debieran eliminarse de la conversación de las comunidades, dos cuestiones que casi siempre dan origen a discusiones acaloradas: el fútbol y la política. Temas, por otra parte, bien pobres en «verdades», y tal vez por ello muy poco propicios para ser sobrenaturalizados.

El diálogo requiere serenidad para oír a los otros, esfuerzo para seguir su razonamiento y lealtad para reflejar con exactitud lo dicho por ellos. El discutidor comienza por no escuchar, atronando con sus voces a los demás, como si la verdad estuviese en relación con la fortaleza de su garganta. No suele enterarse de lo dicho por el otro y por eso responde a lo que no se afirmó. «Se figura» siempre lo que dicen los demás, porque el apasionamiento produce una especie de sordera intelectual, que no deja pasar más que los términos favorables a la propia opinión.

Entre los extremos viciosos del silencio encastillado de la simple coexistencia y el alboroto ensordecedor de las discusiones apasionadas, casi siempre carentes de caridad, está la virtud del diálogo y de la conversación, que respetando e incluso cultivando la riqueza de los puntos de vista distintos, acerca a los hombres a una amistad amable. Una comunidad de amigos conversadores es un don de Dios; en ella se cumplirá plenamente su palabra de que *«donde estuviesen dos o más reunidos en su nombre, estaría El en medio de ellos»* (3).

La eliminación de los temas enemigos del fin intelectual de la vida de comunidad, es claro que no se logra con meras prohibiciones, o al menos, la norma disciplinar no alcanzaría todos los bienes. Lo importante es que desaparezcan las discusiones, por causas más profundas y valiosas. Cuando se prohíbe hablar de un tema sobre el cual quieren algunos discutir, sobrepondrá, no la conversación amigable, sino el silencio hosco. Cesará la conversación en

(3) Math., 18, 20.

P. CESAR VACA

comunidad, para cultivarla en corrillos separados. Sólo a través del convencimiento de cada uno, de la futilidad o conveniencia de preocuparse de ciertos temas es como desaparecen de la conversación común. La vida religiosa es tan rica en contenidos interesantes, que no puede menos de pensarse en la pobreza espiritual de aquellos religiosos que no saben salir de unos temas absolutamente vulgares, por muy difundidos que estén en nuestro mundo mediocre. E indica bien poco amor a Dios y bien poco espíritu apostólico el hecho de que los temas grandes de la religión y de la vida, de la verdad y del error, de la salvación del mundo y de las almas, de la cristianización de la cultura, de la ciencia, del arte y, en definitiva, del hombre, no ofrezca suficiente interés para consumir todas las posibilidades de la palabra en común.

El segundo defecto es creer que la verdad sobre las cosas es algo monolítico. Dice San Agustín: «*Una es la verdad que ilustra a las almas santas: pero como son muchas las almas, puede decirse que hay muchas verdades en ellas; al modo como aparecen muchas imágenes en diversos espejos, siendo una sola cara*» (4). Hasta las cosas, al parecer más sencillas, tienen muchas facetas. Cada uno observa algunas, pero muy pocos son capaces de abarcárlas todas. Por eso pueden verse desde ángulos opuestos y ofrecer materia para opiniones diversas, que, si nos empeñamos en verlas como contradictorias, nos inducen a error, mientras que completan el conocimiento, cuando se procura armonizarles. Nada hay más instructivo y agradable que llegar al final de una conversación construyendo una síntesis de los distintos puntos de vistas presentados por los que en ella intervinieron.

Por último, para no hacerme prolíjo en buscar más defectos, en la conversación debe huirse siempre de la tendencia a personalizar. Hay quienes no saben discutir sin convertir la controversia en ataques directos, que hieren siempre encendiendo más la discusión. Vuelve a aconsejar San Agustín: «*No objetéis a los herejes otra cosa, sino el no ser católicos. Para que no seáis como ellos, que, no*

(4) In Ps. 9, 2.

LOS FINES DE LA COMUNIDAD AGUSTINIANA

teniendo razones para defender la causa de su división se dedican a rebuscar las faltas de los hombres, echándolas en cara con falsedad» (5). Los defectos personales de los mantenedores de una doctrina no la hacen necesariamente falsa, como tampoco la hace verdadera la posesión de ciertas virtudes particulares.

COMUNIDAD AFECTIVA

El respeto y aprecio de las ideas de los otros hermanos está asegurado y nunca es causa de verdadera división, si el corazón es fiel a la amistad. Y en la vida religiosa la amistad permanece siempre si está asentada sobre la caridad. Oigamos a San Agustín: «*¿Por qué no hemos de llamarnos monjes cuando dice el Salmo: ¡Cuán bueno y alegre es que vivan los hermanos en uno!?* Monos (*monje*) quiere decir uno: y no cualquier manera de ser uno; y porque la turba es también una, pero una en la cual hay muchos «unos», no puede hablarse de monos, esto es, de solo: monos significa uno y solo. Aquellos, pues, que viven en uno y viven de tal modo que hacen un solo hombre, cumpliéndose lo escrito de tener una sola alma y un solo corazón son muchos cuerpos, pero no muchas almas; muchos cuerpos, pero no muchos corazones. Con razón se dice monos, esto es, uno solo» (6).

El párrafo es de difícil traducción, pero que la idea destaca con absoluta claridad. San Agustín parece decir que si el monje es, por definición uno «solo», su integración en la comunidad, ha de ser tan perfecta, que también ella pueda apellidarse «*monos*», unidad y soledad. Suena a paradoja, pero se trata de uno de los casos frecuentes en que la complejidad profunda de las cosas no pueden ser expresadas sino por medio de contrastes. Comunidad monacal, unión de espíritus diferentes de muchos hombres; cada uno de por sí es otro solitario, otro monje.

Es el corazón y el alma lo que únicamente puede constituir la verdadera comunidad armónica, tanto más rica, cuanto mayor nú-

(5) Ep. 78, 8.

(6) In Ps. 132, 6.

P. CESAR VACA

mero de elementos diferentes sea capaz de encerrar en su seno. La turba, el «montón de gente» son otra cosa. Los viajeros apretujados en un vehículo parecen constituir unidad, limitados en un espacio pequeño, con el mismo fin de llegar a un sitio determinado; pero no son comunidad, al contrario, unos a otros se estorban. Todos desean que se vayan algunos, para quedar más cómodos. No hay unión de corazón, no existen fines elevados que aglutinen desde las almas la vecindad de los cuerpos. Por desgracia existen comunidades que mejor serían calificadas de «montón de frailes». Viven juntos, trabajan juntos, jurídicamente forman unidad, porque son unas mismas leyes las que rigen su vida y una es la disciplina que ordena la vida, pero los corazones están lejos, no en distancias físicas, sino en las propias de las almas, que se acercan o alejan en el plano inespacial de los afectos.

Todos aprueban estas ideas, pero no siempre se esfuerzan en convertirlas en realidad. La unión de corazones, entre los hombres que vienen de distintos sitios, con diversas formas de educación, cada uno con familia diferente y sensibilidades dispares, no se produce espontáneamente. Como impulso natural, sólo aparecen ciertas afinidades que engendran las «amistades particulares» los pequeños grupos, pero no la comunidad. La comunidad religiosa no puede lograrse más que *«in Deo»*, por motivos sobrenaturales y como consecuencia de la purificación de la vida. A San Agustín le gustaba mucho considerar el simbolismo que encierra la elección por Jesucristo del trigo y del vino, como materia para la Eucaristía. La harina se produce por la reunión de muchos granos y el vino por el jugo sacado de muchas uvas. Mas para que los granos de trigo y las uvas den la materia eucarística es preciso romper la cáscara que separa cada uno de ellos, aislandolos en un egoísmo estéril. La mortificación del egoísmo es la preparación de la verdadera comunidad. Sólo entonces, es materia apta para la consagración, esto es, para que la caridad y el espíritu de Cristo reinen plenamente en ella.

LA COMUNIDAD APOSTOLICA

Creo que podemos decir con toda razón que San Agustín fue el

LOS FINES DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

inventor de la comunidad apostólica en la Iglesia. Después que los grandes patriarcas del monacato de Oriente, vieron la necesidad de agrupar a los anacoretas en comunidades o cenobios, la vida en común demostró ser mucho más propicia para la santificación que el aislamiento, que dejaba las facultades de sociabilidad sin ejercicio y por consiguiente sin poder ser perfeccionadas. Pero las comunidades cenobíticas, como hoy las de contemplativos en general, son comunidades «hacia dentro». Procurar aislarse del mundo, evitando que invada su recogimiento. Es cierto que, por medio de la oración y del sacrificio el apostolado de las comunidades contemplativas tiene un gran valor. Recordemos a Santa Teresa, fundando sus conventos para ayudar a los misioneros en la lucha contra los herejes. Pero en sí misma la comunidad no es directamente apostólica, sino a través de la «Comunión de los Santos» y del misterio del Cuerpo Místico, que unifica y hace fructificar todos los valores espirituales.

Las comunidades fundadas por San Agustín se preocupan, desde el primer momento, por los otros que están fuera. El motivo que hizo salir de su monasterio al Santo, cuando entró casualmente en la iglesia de Hipona y fue arrebatado por el pueblo para hacerle sacerdote, era la visita de un amigo a quien quería evangelizar. Las comunidades agustinianas eran semillero de trabajadores para la Iglesia y sus clérigos se organizaban en comunidad para hacer mejor y más fecundo su apostolado. San Posidio refleja el sentido apostólico de la primera comunidad agustiniana en forma clarísima: «*Vivía con los que le habían acompañado, meditando día y noche en la ley de Dios, y practicando ayunos, oraciones y buenas obras. Y enseñaba a los presentes y a los ausentes las cosas que Dios le revelaba en su pensamiento y oración con la palabra y sus libros*» (7).

Hasta qué extremo la característica comunitaria es útil para el apostolado lo demuestra la siguiente anécdota. Asistía yo a unas «conversaciones» entre sacerdotes franceses y españoles. Un párroco de París exponía los ensayos más modernos en el trabajo pastoral,

(7) *Vita S. Aug.*, c. III.

P. CESAR VACA

resumiendo así su experiencia. Para realizar una labor positiva en el pueblo, es indispensable crear el sentido de «comunidad cristiana» entre los fieles. Mas para conseguir un espíritu comunitario en ellos es imprescindible la comunidad pastoral de los sacerdotes que trabajan juntos en la parroquia.

Al llegar aquí le interrumpí diciéndole: Está Vd. expresando el pensamiento y la práctica de San Agustín. Inmediatamente me contestó con gracia no exenta de fina intención: «*C'est vrai. Vous avez la Régule de Saint Augustin, mais c'est nous qui la pratiquons*». ¡Dios quiera que el chiste del buen párroco francés no sea el reflejo de la realidad!

Las relaciones entre la comunidad y el apostolado ofrecen muchas facetas interesantes. En primer lugar, cabe distinguir el apostolado *en la comunidad* y el apostolado *de la comunidad*. El primero es el producto espontáneo de la ejemplaridad de cada uno. Todos vivimos en la comunidad con la vida abierta, enteramente visible para los otros hermanos. Queramos o no, nuestra conducta forma parte de la vida de los otros, ayudándolos unas veces, estorbándolos otras. Desde el superior hasta el último hermano de obediencia ejercen así un apostolado, y de los más importantes y fecundos. Esto ya lo hemos tratado en otro lugar.

El apostolado *de la comunidad* es hacia fuera, en el mundo de los hombres que viven más allá de las fronteras del convento. Este apostolado es distinto en relación con la comunidad. Existen determinados trabajos, que, por su propia naturaleza se realizan «en comunidad», es decir, en equipo. Así, por ejemplo, el apostolado de los colegios. Cada uno tiene asignada una misión, pero integrada en una labor de conjunto. Se puede distinguir el trabajo de cada uno, pero se hace fecundo, cuando se establece un «clima» que empapa el ambiente. Los fallos de la armonía son graves, porque constituyen como vías de agua en el armazón de una nave. Si los profesores no están de acuerdo con el superior o no colaboran con el trabajo de los inspectores; si los criterios para premios y castigos no se mantienen por todos; si por el afán de destacar lo personal, se perjudican los esfuerzos de otros; si no hay caridad suficiente para

LOS FINES DE LA COMUNIDAD AGUSTINIANA

cubrir las deficiencias de los hermanos y acaso se procura, al contrario, que se hagan más patentes, el apostolado de la comunidad entera se parcelará, reduciéndose tal vez a la nada, cuando no a producir escándalo.

En la hora del trabajo apostólico es donde se hace patente el auténtico espíritu de comunidad. Cuando es necesario renunciar a ciertos puntos de vista, para conformarse con los de otros, cuando se requiere el olvido del propio yo, para que triunfe, por encima de todo, la armonía, aparece lo que de verdad existe en nosotros, como espíritu comunitario, como «*amor a Dios, hasta el menosprecio de sí mismo*».

Necesariamente he de decir algo, que viene aquí muy a propósito. Entre las distinciones o matices que pueden establecerse en relación con el apostolado y la comunidad, también las hay falsas y defectuosas. Una de ellas es la que establece una diferencia, y a veces una discrepancia, entre el trabajo y el apostolado, en determinadas actividades. Muchas veces se oye condenar la conducta de ciertos religiosos que abandonan o hacen sin la debida atención el trabajo de enseñanza, por ejemplo, para dedicarse al «apostolado», entendiendo por tal la predicación, la dirección espiritual o el cultivo de estudios distintos de su misión en el colegio. Parece indicar semejante distinción que la enseñanza no es apostolado, o que no lo es tanto como las otras actividades, que parecen más directamente sacerdotiales.

En primer lugar existe aquí un error en lo que al fruto apostólico se refiere. Cada día se hace más patente la necesidad de la enseñanza y educación de la juventud, como el medio más seguro de mantener firmes los convencimientos religiosos en el mundo. Aquellos países, en los cuales se ha descuidado el trabajo de la enseñanza, han retrocedido en su firmeza cristiana y muchos se han perdido para Cristo, porque otras confesiones han sabido establecer escuelas y centros educativos, comiendo el terreno a los católicos. Por otra parte, en los países que están en pleno florecimiento y avance de la fe se da importancia primordial a la enseñanza. La

P. CESAR VACA

dirección de la juventud es la primera batalla que tratan de ganar siempre los enemigos de la Iglesia.

Por encima de esta consideración existe un argumento supremo. Que siendo el apostolado negocio de Dios, su fecundidad está siempre en relación con su voluntad, es decir con la obediencia. En ninguna parte se hará más fruto que en el cumplimiento exacto y abnegado de aquello que se nos manda. Quienes lo abandonan o lo cumplen atropelladamente, para dedicarse a otras actividades escogidas por propia voluntad, toman el apostolado como diversión, lo cual es contrario al genuino espíritu apostólico. Da pena escuchar a veces el tono con que se habla de la «dirección espiritual», como deseo de ejercicio apostólico. Se transparentan otras intenciones de vanidad y mundanismo, tan contrarias al amor de Dios, que pueden afirmarse que dichas actividades serán inútiles, cuando no perjudiciales. Y no digamos nada de la idea que tienen algunos de que el apostolado de la palabra es algo muy divertido, en lo que no se esconde otra cosa que el halago de los éxitos y un pasatiempo de turistas. El fruto de semejante apostolado, por supuesto que será totalmente nulo.

Pero tampoco quisiera dejar como consecuencia de estas reflexiones, una idea falsa también en el extremo contrario. Mejor dicho dos. La primera sería la condenación a ultranza de cualquier actividad complementaria del trabajo escolar —me refiero de manera especial al trabajo en los colegios, por ser el que con más frecuencia y claridad establece la dualidad, aunque sirve el criterio para cualquier otro caso—. Después de bien atendido el quehacer que la obediencia señala, puede quedar, y de hecho queda, tiempo para otras actividades (que en muchas ocasiones son también ordenadas por la obediencia) como la atención a capellanías, la confesión de comunidades religiosas, etc., etc. Todo ello es legítimo y son dignos de admiración quienes han sabido realizar obras meritísimas cultivando con sacrificios cotidianos distintas actividades. Tan verdad es esto que suele ir unido el éxito en las tareas complementarias con el trabajo más esmerado en las principales. Porque quienes lo hacen bien, son los hombres ejemplares, que saben poner todo su entusiasmo en cuanto hacen.

LOS FINES DE LA COMUNIDAD AGUSTINIANA

La segunda consecuencia es la idea de que no es digno de atención, ni vale como trabajo de comunidad más que aquél que se desarrolla dentro de la propia casa. Parecen a primera vista menos comunitarios los quehaceres apostólicos, que han de realizarse necesariamente en actividades personales dispersas. Pero esto es falso. Los trabajos misioneros de predicación, por ejemplo, exigen la movilidad y la dispersión de los que se ocupan de ellos. El «estar en casa» no es en sí mismo ninguna virtud, porque puede convertirse en disculpa para la pereza.

Un agustino, si es fiel a su espíritu, llevará siempre consigo la comunidad, de la comunidad tomará sus fuerzas, en la comunidad templará su alma, de ella recibirá ciencia, virtud, formación y aliento, para volcarlo todo en cualquiera parte, ya sea trabajando en equipo dentro de la propia casa o aislado en trabajos más independientes. Lo importante no es permanecer físicamente cerca de los otros, sino formar unidad espiritual con ellos, con *«una sola alma y un solo corazón en Dios»*. Se puede permanecer en la casa sin vivir comunitariamente, y se puede pasar años aislados en una misión, sin haber perdido el espíritu de comunidad. Cuando San Agustín creó sus comunidades abiertas, apostólicas, «hacia afuera», comenzaron a dar frutos óptimos en la formación de personalidades, tan bien separadas, que se las arrebataban para que ocupasen sedes episcopales y puestos de trabajo. Cada uno de ellos creaba comunidades, porque llevaba consigo el espíritu de comunidad. En cada agustino debe vivir la comunidad entera, la Provincia, la Orden, la Iglesia. Allí donde trabaje, debe quedar una huella del sentido verdaderamente «católico», que es expansión generosa del alma para que todos los hombres encuentren en él un testimonio de Cristo en la tierra.